



NUM. 186

BARCELONA, 29 NOVIEMBRE 1902

26 CENTS

Ayuntamiento de Madrid

MERCEDES LA CORISTA

El amplio salón rojo del Casino estaba lleno de jóvenes alegres cuya única aspiración, cuyo deseo único era pasar esta vida lo mejor posible, sin preocuparse de nada serio; sin pensar en el mañana, ni volver la vista al pasado.

Aquella tarde la conversación sosteníase animada, creciendo en interés á medida que aumentaba la concurrencia, pues tratábase, nada menos, que de tomar en abono algunos palcos para asistir á las representaciones de una afamada compañía de zarzuela cuyo debut se había ya anunciado á los cuatro vientos.

El entusiasmo era grande, por cuanto el nombre de la compañía significaba una serie de aventuras galantes y de amoríos fáciles, con el nutrido coro de mujeres, escogidas á pulso, todas jóvenes, agraciadas, exuberantes de vida.

Cuando todos se adherían al pensamiento y lo celebraban con juveniles transportes, entró en la sala Rodríguez, un muchacho de rostro simpático y noble aspecto, en cuyos ojos se reflejaba la bondad misma, la dulzura de un alma tierna y candorosa.

Uno de los concurrentes explicó el propósito al recién llegado, y todos pretendieron incluirle en la lista formada al efecto, pero Rodríguez negóse á ello, exclamando con voz firme y enérgica:

—¡Imposible!

La sorpresa pintóse en todos los rostros y todas las miradas se fijaron en aquel joven como pidiendo una explicación á tan rotunda negativa.

Rodríguez, comprendiéndolo así, tomó asiento en medio de la sala y exclamó:

—Digo que es imposible, porque yo no voy al teatro...

—Si no es con tu prometida;—interrumpió una voz.

—Es mucha verdad;—contestó Rodríguez.—Pero lo hago así obedeciéndolo á un juramento solemne al que no faltaré nunca.

Y viendo que nadie osaba interrumpirle, continuó:

—Haré apenas dos años que terminé mi carrera y marché á la corte á doctorarme, con la sola idea de acabar pronto y volver al lado de mi prometida y de mis padres.

A los quince días de estar en Madrid tenía ya varios amigos que me llevaron á cafés y teatros, haciéndome olvidar un tanto mis propósitos de estudio, mis deseos de terminar cuanto antes.

Mi vida cambió por completo.

Era joven; mis necesidades, mis desfilfarros, eran atendidos por mi padre, cuyos buenos consejos no bastaron á apartarme de aquel camino al que me lancé con todo el ardor de los veinticuatro años, con toda la fogosidad de un corazón virgen, con toda la confianza de un alma inexperta, sedienta, de placeres ignorados y ávida de emociones desconocidas.

Esta nueva vida penetró en mí, invadió todo mi ser, y se entronizó en mi espíritu, subyugándome por completo, hasta el punto de que la imagen de mi prometida íbase borrando poco á poco de mi corazón, sin yo pensarlo ni quererlo, contra mi voluntad y contra mis deseos, mientras otra mujer se apoderaba de mi albedrío, haciéndome su esclavo.

Quise rebelarme, y luché con decisión, con valentía, con denuedo, á la desesperada, pero fui vencido: mis esfuerzos para sostener la mirada ardiente, avasalladora de aquellos ojos negros, grandes y brillantes resultaron inútiles; mi voluntad, para huir de la diabólica sonrisa de aquellos labios frescos, rojos, incitantes, resultó impotente; mis deseos para alejarme de aquella mujer fueron estériles, y á sus plantas caí loco, anhelante, rendido.

Aquella mujer sabía que yo amaba á otra, que mi corazón no podía pertenecerle nunca, que mi



alma jamás sería suya; pero se apoderó de mi cuerpo, de mi voluntad, de mi conciencia, obedeciendo a una de esas pasiones tiránicas é imponentes, que en nada reparan y nada respetan; que viven y se mantienen de la lucha contra los obstáculos opuestos á su paso, y triunfan siempre contra la juventud y contra la inexperiencia.

Mi locura duró mucho tiempo, durante el cual, ni las cartas de mis padres ni las quejas de mi amada, ni los consejos de mis amigos, pudieron arrancarme de los brazos de aquella mujer cuyos encantos y seducciones me apartaban más y más del resto del mundo.

Temiendo, sin duda, que alguien pudiera arrebatarme á su pasión, acabó un día por abandonar e teatro, donde cantaba de simple corista, y en su casa nos encerramos, aislándonos casi por completo, viviendo el uno para el otro.

Así pasó el tiempo: ella alegre, risueña, satisfecha, respirando siempre amor y ventura, pensando solo en el presente, como si no se acordara del pasado ni la preocupara el porvenir. Yo, en cambio, tenía momentos de verdadera tristeza, de intranquilidad, de zozobra, porque á veces, sin que ella misma pudiera evitarlo, la sombra del pasado se levantaba ante mis ojos despertando el remordimiento, y el fantasma del porvenir revoloteaba en torno mio amenazador y terrible.

En algunos de esos momentos hubiera yo conseguido huir de aquella casa, romper tan fuertes cadenas, pero ella amaba, adivinaba mis pensamientos y arrojándose á mi cuello hacíame olvidar, con sus besos y sus caricias, mis propósitos de fuga, mis deseos de libertad.

Pero vino un día en que mi padre dejó de enviarme la pensión señalada, cansado ya de que sus cartas no fueran contestadas y noticioso, sin duda, del camino de perdición que seguía, faltando á mis deberes, deshonrando mi nombre, escarneciendo el amor de una pobre criatura que moría de pena y de tristeza.

Aquel día fué para mí terrible. Mi primer impulso fué correr á mi casa; pero ella se interpuso, como siempre, haciéndome ver que mi dignidad me impedía mendigar aquel dinero.

Por otra parte, me convencí de que con nuestras joyas y sus ahorros podíamos vivir algún tiempo, mientras yo buscaba una ocupación, ya que habíamos decidido que ella no volviera al teatro.

Me dí por convencido: y después de gastar el poco dinero que ella guardaba, tocó el turno á las joyas, sin que la suerte me proporcionara la ocupación que con tanto afán pretendía.

Con la sonrisa en los labios, y sin que la más ligera sombra de tristeza nublara sus ojos, ni contrajera su rostro, marchó ella á empeñar la mejor de sus alhajas, mientras yo me dirigía de nuevo en busca de trabajo.

Cuando volví á casa me recibió ella arrojándose en mis brazos, al propio tiempo que de sus ojos se desprendían dos lágrimas silenciosas que abrasaron mi rostro.

No dí importancia á aquello, considerándolo cosa muy natural en una mujer que se veía obligada á desprenderse de sus joyas; pero sin embargo me prometí no vivir mucho tiempo á su costa, siguiendo los impulsos de mi conciencia.

Tras la primera joya llevose otras y otras: pero un día olvidose de cerrar el secreter y la casualidad puso ante mis ojos todas las alhajas que yo creía empeñadas y una crecida cantidad en billetes cuidadosamente oculta entre papeles.

A la vista de aquello sentí oprimirse mi corazón y la vergüenza enrojeció mi rostro: aquella mujer mentía, aquella mujer me engañaba.

No quise saber más: tomé la pluma, escribí no sé qué, pero algo indigno, innoble y huí de aquella



casa para siempre, refugiándome en el cariño de mis padres y en el amor del ángel que será pronto la compañera de mi vida.

Desde entonces juré no volver solo al teatro; y no voy á faltar ahora á mi juramento.

Cuando terminó Rodríguez, un hombre se adelantó hacia él y con voz solemne y firme, no exenta de cierta amargura, preguntó:

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Mercedes,—contestó Rodríguez levantándose.

—María... de las Mercedes, querrá usted decir.

—Mercedes, he dicho.

—¿La reconocería usted si la viera?

—Sin duda alguna.

—¿Sería usted tan amable que se dignara acompañarme... para hacer la prueba?

Rodríguez titubeó un momento: un vago temor se apoderó de su alma; pero la mirada casi provocativa de aquel hombre y la despreciativa sonrisa que contraía sus labios, ahogaron la excusa que ya asomaba á su boca.

—Estoy á sus órdenes,—dijo, y ambos salieron del salón y del casino sin que nadie osara detenerles. Poco tiempo después, y siempre en silencio, penetraban en una lujosa habitación: y aquel desconocido, cuyo rostro acusaba emoción profunda, exclamó dirigiéndose al criado que abría la puerta:

—Dí á la señora que la espera una visita.

Estas palabras acabaron de hacer comprender á Rodríguez lo imprudente de aquel paso, pero ya no era tiempo de retroceder.

Su imaginación buscó, sin embargo, un medio para evitar la catástrofe que presentía, puesto que ya tenía por indudable que aquel era el esposo de Mercedes, de su antigua amante.

El roce de un vestido de seda sacó á Rodríguez de su abstracción; y rápido como el pensamiento echó mano al bolsillo interior de la americana y presentando la pitillera á su interlocutor, exclamó:

—¿Fuma usted, caballero?

—No, gracias,—contestó secamente el interpelado.

Casi al mismo tiempo dejó de percibir el crujido de la seda; pero solo fué un instante. Poco después penetraba en la sala una mujer hermosa, elegantemente vestida, cuyo pálido rostro reveló á Rodríguez que en el corazón de aquella infeliz acababa de librarse horrible y monstruosa batalla.

—Mi esposa,—dijo el caballero con voz conmovida, dirigiéndose á Rodríguez, y volviéndose hacia la aludida, continuó:

—El señor Rodríguez, mi amigo del Casino.

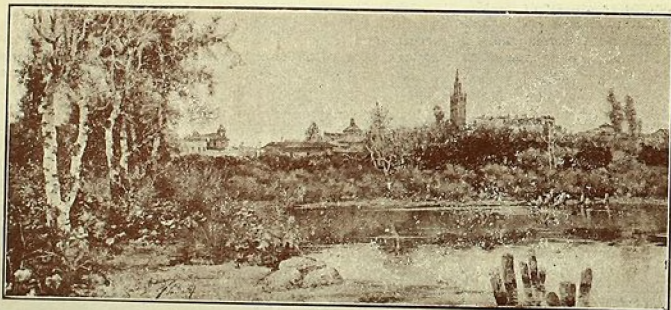
Ella y él se inclinaron á su vez, murmurando palabras de cortesía; pero ninguno de los dos dejó traslucir la emoción que les dominaba, sosteniendo con serenidad y firmeza la mirada fija del hombre que les había puesto frente á frente al cabo de tanto tiempo.

A la mañana siguiente recibía Rodríguez una carta sin firma concebida en estos términos:

«La señora de X agradecerá siempre su noble conducta».

«Mercedes, la corista, te aborrecerá mientras viva».

PEDRO BONET ALCANTARILLA



ORILLAS DEL GUADALQUIVIR, por M. García y Rodríguez



LAS GOLONDRINAS

La tarde cae tranquila; el crepúsculo se extiende perezosamente; yo, sentado ante la ventana abierta de mi cuarto, fumo soñoliento el cigarro de costumbre y dejo el humo desaparecer en extravagantes espirales, mirando el cuadrado patio de mi casa cortado diagonalmente por dos líneas negras, dos alambres de la luz eléctrica.

Las espero, las espero oyendo a lo lejos tocar las campanas de la ciudad; sus sagrados y solemnes sonos me dan ganas de rezar. Van llegando, poco á poco, piando suavemente, posándose en los hilos. ¡Oh viajeras infatigables! ¿De dónde venís? ¿Sois las que pasados años detuvieron ahí también su vuelo? ¿Cuántas de vosotras perdieron la vida al cruzar la España en busca del Africa?

Sobre el alambre hay ya un pelotón; las contemplo pensativo: allí la pareja dichosa, amante, piando dulcemente; acá los viejos, los que perdieron las ilusiones de la juventud, quietos y tristes.

¿Pensarán en los hijos desaparecidos?

¡Cuántas veces habréis criado con ternura y sufrimiento! A vuestro lado veo una golondrina recién salida del nido. ¿Un hijo nuevo? Sí, lo adivino, pero eso no basta; los otros, los que se fueron para siempre, los que nacieron á vuestro lado y un día llamásteis con cariñoso *pío, pío* y no acudieron. ¡Desgraciados! viejos ya, solos después de dar vida á numerosa prole, otra vez cuando os arrullábais amorosos en la *luna de miel*; más ¡ay! entonces había sangre en vuestras venas y brillo en vuestras plumas, hoy ni hay ardor en vuestras venas ni tornasoles en las sedosas plumas.

Cuidad, cuidad á ese nuevo retoño, tal vez mañana no pueda volar más, y su cuerpo frío y yerto, con engañosos ojos, sirva para satisfacer caprichos de la moda.

¿Por qué rechazáis á esa nueva compañera? ¿Acaso no es digna de ocupar un sitio á vuestro lado? ¡Dejarla, dejarla! Cerrar los picos abiertos por la ira. Tal vez será una de tantas que, como en el mundo, cayeron en el fango. ¡Compasión para ella! Nadie puede juzgarla. ¡Quién sabe la causa de su envilecimiento! ¿Fueron las circunstancias? ¿Fue el vicio? ¿Dios tan sólo lo sabe!

El cigarro se consume, la luna entra brillante en el patio, plateando las paredes; extraño sopor se apodera de mí, cierro la ventana porque hace fresco: el otoño se acerca. Adios, avecillas amadas; quizá mañana, cuando la tarde caiga tranquila y las campanas de la ciudad dejen oír sus pausados sonos yo no os vea más; tal vez habrán volado ya las golondrinas...

¿Cuántas volverán...?

ELADIO SOS Y GAUTREAU



José Bargo. TENTACION

Ayuntamiento de Madrid



PAN BENDITO

En compañía de la familia de la muerta tomé el tren aquella mañana en dirección á un pueblo inmediato á la corte, asentado en las faldas del Guadarrama.

Guardábamos en el coche silencio.

Si alguno de nosotros levantaba la vista, encontraba lágrimas en los ojos del compañero.

El verano anterior habíamos hecho muchas veces el propio viaje. Pero ¡de cuán distinto modo! ¡Qué diferente actitud! ¡Qué viajes tan opuestos! Entonces, la alegría de un día de campo en perspectiva brillaba en todos los rostros. La conversación, regocijada hasta la locura, no decaía un momento, siendo cualquiera nonada motivo de estruendosa risa. Las ropas, de color claro, eran ya de por sí una fiesta.

Mas, de pronto todo había cambiado. Ahora, llanto, recogimiento, luto.

Íbamos á asistir á los funerales de la buena señora que acababa de dejar viudo á un hombre y huérfanos á varios niños.

La excelente señora, que como una hada en su palacio mágico, solía recibir y agasajar durante el estío en su hotelito campestre, rodeado de flores, cuidadas por su mano, á innumerables amigos, admiradores de su bondad y su dulzura, había doblado la cabeza al entrar el invierno, como una flor más, como las soberbias rosas de su parque, que eran su orgullo y su recreo.

¡Ya no volvería á ver más aquello!

Y la desolada familia, sobreponiéndose á su pena, que recrudecía la visita á los lugares que ella glorificó con su presencia, quiso que allí, donde su persona se había conquistado tantas simpatías, también recibiera su alma las postreras fervorosas oraciones.

Por las ventanillas del coche se divisaba un paisaje cubierto de bruma. Era poco después del amanecer, y el sol frío de diciembre aun no había podido traspasar con sus débiles rayos la atmósfera acuesa y oscura que envolvía á la tierra.

El tren, un tren mixto, caminaba despacio, callado, adormecido, sugiriendo la idea de la marcha pausada, solemne, perezosa de un entierro. Cuando, al acercarse á una estación, dejaba escapar el ronco resoplido de su silbato, parecía que lanzaba lamentos.

A las diez de la mañana tocamos al término de nuestro viaje.

Ya en la torre del pueblo sonaban las campanas convocando á la fúnebre ceremonia.

Sin descansar en parte alguna penetramos en la iglesia, y de rodillas, elevando las almas al cielo, asistimos á los fúnebres oficios.

Esta parte del programa estuvo pronto cumplida; pero aun faltaba otra no menos conmovedora. Se iba á repartir entre la pobreza de la comarca algunos cientos de panes.

Y a nos esperaba á la puerta del rústico templo muchedumbre abigarrada de mujeres, ancianos y niños. El día era frío.

Bajo las pobres y destrozadas ropas se veían temblar los cuerpos encorvados. Pero, en todos los ojos

brillaba la ansiedad, la esperanza, el regocijo. Las manos parecían estar ya acariciando deleitosamente la limosna. Adivinábase que pasaba por los cerebros de todos aquellos infelices la hermosa idea de que nadie se quedaría sin pan aquel día. Nos siguieron hasta el campo.

Ya á la entrada del parque, por el lado de las montañas, aguardaba otro enorme rebaño de necesitados. Al divisarnos, prorrumpieron en un grito de júbilo.

Y en breves instantes fuimos rodeados de un verdadero ejército de pobres. Eran, en su mayoría, gente campesina. Los mozos estaban en el trabajo. El resto de la familia, la porción inútil que permanecía en su casa, era quien venía en busca del socorro.

Las madres, con los pequeñuelos en brazos ó de la mano; los ancianos, con su enmarañada barbilla blanca, apoyados en báculos; las viejas, todavía con el rosario entre los dedos y la cabeza protegida del manto negro, zurcido y descolorido; toda esta humanidad desdichada formaba un cuadro tan original como tierno.

Cuando el sacerdote en medio de la multitud, levantó su voz y su mano para bendecir el pan, no pude menos de pensar en aquellas grandiosas escenas que nos pinta la Biblia.

Y empecé el reparato. Todos querían ser los primeros.

Aunque las banastas estaban repletas, el temor de que se concluyera el pan, que habían tenido tan cerca, dominaba en aquellos afligidos espíritus.

Pero, no. Tras la angustia del deseo venía la alegría de la posesión.

Algunos infortu-

nados no podían esperar á llegar á su casa, y, allí mismo, de la mano pasaba el pan á la boca. No olvidaré nunca el bello espectáculo. ¡Cómo se ensancha el pecho al remediar una necesidad verdadera! El pan del pobre, esté ó no consagrado por la religión, es siempre bendito.

¿Sabéis lo que es el pan del pobre?

Es un día que luce en una existencia de negruras. Es hacer que el incrédulo en la piedad humana vuelva á tener fe en los sentimientos fraternales. Es procurar que el niño desvalido, ese ángel triste, descorra por unas horas el velo de lágrimas que cubre sus ojos celestiales. Es quizás la salvación de un naufrago de la miseria; es evitar que una mujer venda su honra ó que un hombre apele al crimen. Es, en fin, imitar á la Providencia, que no niega el sustento á ninguna de sus criaturas.

Si. Conviene sin que sea para solemnizar una fiesta ó en sufragio de un muerto, dar pan, mucho pan al pobre. Dios lo manda y lo agradece.

No siempre la pobreza es un castigo que expiamos por nuestros derroches. La mayoría de las veces la pobreza tiene un origen misterioso; es consecuencia de la fatalidad humana. Y, en uno y otro caso, el rico, ese vencedor en la batalla de la vida, debe alzar del suelo al pobre, que es el vencido. La caridad debe ir siempre por el mundo repartiendo sus dones. ¡Oh! Si. Todo pan que se da es bendito.

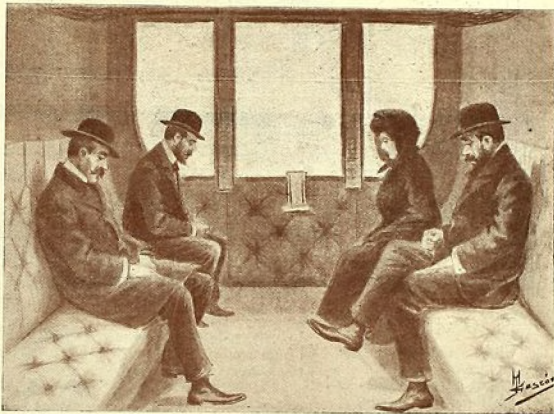
Yo lo vi aquel día. Después de haberse retirado todos los pobres, yo quedé solo, contemplando el magnífico panorama que se presentaba á mi vista.

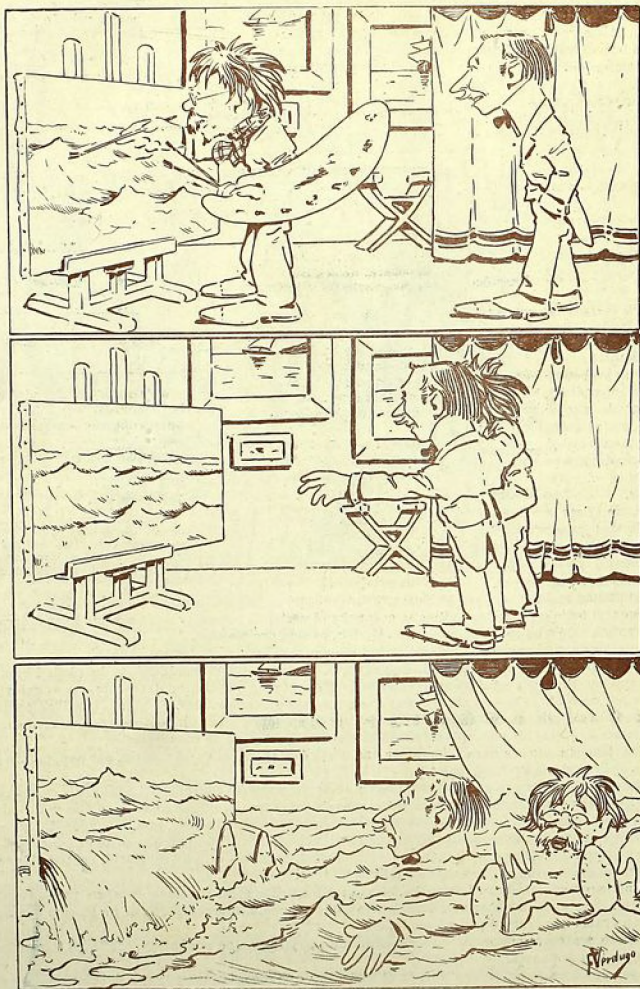
El campo aparecía desierto. Las nubes, blancas y pequeñas como palomas, volaban pausadamente por el cielo. El silencio era absoluto; ese silencio campestre solo interrumpido por un insecto que zumbaba, por una rama que crujía ó por un eco lejano.

De pronto sentí un rumor por el aire. Eran unos pajarillos que se abatían, confiados y gozosos, á mis pies, á corta distancia.

Y empezaron á picotear, aquí y allí, en el suelo. Era que recogían las migajas del pan que se había repartido á los pobres. También ellos, enviados de Dios, querían disfrutar de la acción buena que se había desarrollado, por mano del hombre, aquella mañana.

JOSÉ DE SILES





1. ¡Pirámida!, soberbia marítima!—2. Ese mar imponente amenaza tragarnos.—3. Lo dicho. ¡Socorro! ¡Auxilio!

Com
los se
dore
album

Sido
Zola.
La
Berná
El o
liano
La
Emilie
El p
Alexis
Sav
Zola.
La
lio Zo
El s
de L'T
Sin
Los
(ilustr
Et
rico S
La
por C

Para
nistr
za de

En
los e
perc
usar

RE

PEPITORIA

JEROGLIFICO

G DO A

J. MORENO DE BONIS

Las soluciones en el próximo número

..

Si te hace daño la col
y esto te pone en apuro,
te curará, de seguro
la Magnesina SAN IMOL.

INCOLORAS

Nunca te fies de aquel
que sus bondades te cuente,
pues se advierte fácilmente,
que si el relator es el,
no creerle es lo prudente.

Con afán he de rezar
para que Dios te perdone
lo que me hiciste penar.

El perro lame la mano
del que le da la comida,
y tan solo el ser humano
los beneficios olvida.

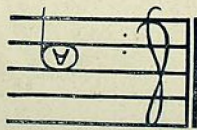
¡Qué fácil es engañar
á toda aquella persona
que se la puede adular!

A. MACÍAS RODRÍGUEZ

REFRAN. por Novejarque

A B C C H D E F G H I J K L L M
N Ñ O Q R R R S T U V W X Y Z

ADJETIVO, DE COLOR RUBIO

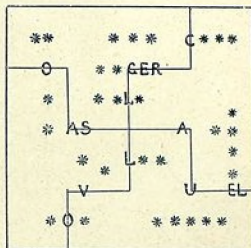


SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico. — Por viejo que sea el
barco, pasa una vez el vado.

Problema. —



Los asteriscos indican los sitios
que ocupaban las letras y con las
que quedan se verá que se lee:

COJERLAS AL VUELO

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. P. — Corrientes. — Salvo el sustantivo des-
perplejo, que no está en el diccionario, las
redondillas son bonitas, pero con el tal «vo-
quible» la «n» posición resulta impemica-le.
O. S. M. — Zaragoza. — En su poesía abundan
demasiado las anacronismos, sustituidas á las
consonancias; una sola puede pasar, pero no
tantas.

A. B. — Zaragoza. — El cuento, aunque bati-
rro, deja algo frío. Recibíase la poesía á que
se refiere, pero tardará aun bastante en publi-
carse.

J. F. — Barcelona. — Recibida su carta, que
no me ha hecho variar de parecer.

H. G. M. — Tucuman. — El soneto está bien,
que no es poco decir, y se publicará.

F. R. de S. — Madrid. — Todo se publicará,
pero hay que tener en cuenta que el mucho
original que tenemos no está en razón no directa
de las dimensiones del periódico.

M. F. — Arceite. — Crea usted que cuando se
desencadena una tempestad, como la que usted
describe, los burgueses suelen estar mas
tranquilos que los hijos del trabajo, por tener
pararrayos en sus casas.

M. C. — Avila. — Irá su poesía.

B. S. — Todo saldrá; á veces se publica lo
últimamente recibido antes que lo primero,
por conveniencia de la compaginación.

M. F. S. — Arévalo. — Todo está perfectamente.

F. R. — Valencia. — Es usted modesto, y hace
bien; ahora me toca decirle que el cuento es
lindísimo y vale en todos conceptos.

B. V. — Insertaré con el mayor gusto Real-
dad. La otra abunda en versos mal medidos y
dúros.

S. A. — Lérida. — Veré de aprovechar la pri-
mera ocasión para insertar algo.

J. E. — La Habana. — Se publicará el artículo o.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

IMPRESION EN EL ESTABLECIMIENTO EDITORIAL «LA TRINIDAD», PLAZA DE TETUÁN, 50 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ISLAS FIJI (POLINESIA)



GUERRERO INDIGENA